



LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. VII
 PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA
 Sevilla, 1.º de Julio de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico	72 reales.	38 reales.
Filipinas	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata	80 id.	44 id.

REVISTA QUINCENAL

¡Hace un calor de los diablos!
 Unos opinan que el dichoso cometa que tenemos en nuestro horizonte nos azota con su espada de fuego y se ha propuesto, como todos sus colegas, dejar señalado su paso con una catástrofe que ha de ser seguramente la de convertirnos en chicharrones; otros dicen que los asuntos de Orán, de Túnez, de Italia y de Marsella han de traer más fuego todavía: si esto es así, preferiríamos una nueva inundacion, para tener los baños cerca de casa. A todo el fuego anterior tendremos que añadir pronto todo un volcan: como si dijéramos, la irrupcion final; el trueno gordo. ¡Las elecciones!

La verdad es que hay para escamarse con el dichoso cometa, aun cuando no nos hallemos en el siglo XIII. Tengo visto que, apesar de la bula de la Santa Cruzada, y del uso conveniente de los aspersiones, suele haber brujas y espíritus incubos y súcubos, fantasmas, mágicos y saludadores.

Puesto que hay todo esto, no podrá extrañarse que, montados en la cola del referido cometa, vengán a España los hermanos de Asmodeo y Astarot, con objeto de presentarse candidatos por algun distrito electoral, previamente sometido a la influencia cometaria.

De ver será a los electores, que seguramente perderán la conciencia de sí propios a fuerza de oler las ollas de Pedro Botero, caminar hácia los colegios con la papeleta en la mano, y despues de cumplir su mision, prepararse para comer la carne de macho cabrío en los sábados venideros.

Dicen que el cometa se irá antes de que comiencen las elecciones; pero nosotros tenemos por seguro que no ocurrirá tal cosa: el astro influyente, y su cola, permanecerán, como de costumbre, sobre el horizonte electoral, aunque sólo visibles para los espíritus familiares de cada partido.

En caso extremo calentará la atmósfera de modo que hará estallar los pucheros. Estas son, al ménos, nuestras noticias astronómicas.

Comienzan las noches de Eslava.

Es un nuevo baluarte contra el calor, que se

ofrece a los sevillanos que puedan gastarse una peseta.

Recordamos la otra vez que el Sr. Cereceda animó con sus artistas líricos aquella floresta llena de luces de gas y de sillas desvencijadas, y nos parece que no será mala la campaña veraniega.

Dicen que en el repertorio figuran *Mantos y Capas*, *La Rosa de Mar*, *A Sevilla por todo*, *La Calandria*, *El Sacristan de San Justo* y otras nuevas y no vistas zarzuelas, que darán a la temporada su *chic y su aquel*: yo me escamo, francamente; pero no diré esta boca es mia hasta que oiga cantar a esa *Calandria*, vea qué *Mantos y Capas* son esos, y sepa cómo toca a misa *El Sacristan de San Justo*.

Por lo demás, creo que el Sr. Cereceda no viene a *Sevilla por todo*, sino a Sevilla por algo; y digo esto, porque como están aquí el Sr. Perez, y Cervantes y el Duque, y hay *sacristanes* y *música clásica* ó militar, y *canciones de la Lola* y *dilettanti*,

Con sólo recordar aquellos romancicos que comienzan

Mañanica era mañana
 De Señor San Juan,
 puede verse la distancia que hay de las verbenas del tiempo de *Pepe-Hillo* a las del tiempo de.... *Cirineo*.

Las muchachas, alegres y decidoras, salían al campo muy de mañana; las noches solían pasarlas en compañía de los mozos del barrio, que rasgueaban sus guitarras y bailaban inocentemente con aquellas palomitas sin hiel y sin malicia.

La Alameda de Hércules convirtiase en un núcleo eterno de mozos y mozas, durante las veinticuatro horas del día de San Juan ó de San Pedro, y jamás se dió el caso de no efectuarse a los pocos meses un bautismo por corro, ó un matrimonio por barba.

Hoy, las sencillas prácticas están perdidas, las tradiciones olvidadas; San Juan y San Pedro pasan por el Calendario, sin levantar más eco que San Pancracio ó San Sisebuto: hay quien se casa el día de San Márcos y quien busca novia el Miércoles de Ceniza.

¿Qué más? Hay empleado que celebra en Noviembre la Pascua de Resurreccion, y cesante para el que nunca tocan a Gloria.

Recuerdo a este propósito la historia de cierto protegido de un hombre de la situacion, que despues de esperar inútilmente su turno, faltar de recursos y abrumado por los sufrimientos, bajó al sepulcro el mismo día que firmaba el Ministro su credencial de 1,000 pesetas anuales.

Cuando un amigo officioso, que ignoraba la ocurrencia, llevó a la

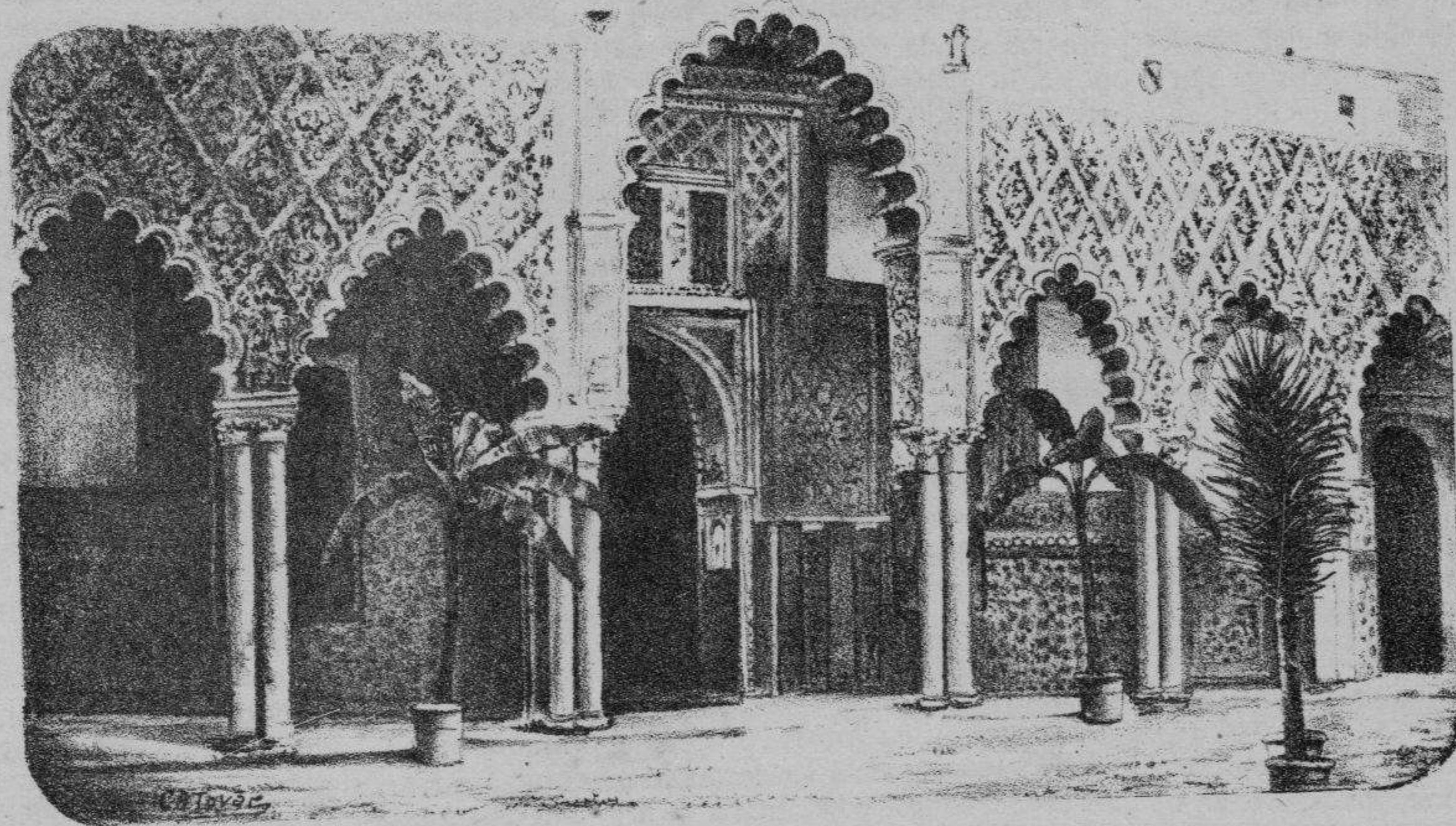
viuda el nombramiento, ésta le recibió con cierta sonrisita triste, diciéndole:

¡Señor, ya está colocado....!
 En efecto, lo acababan de dejar en el cementerio.
 EL DÓMINE LÚCAS.

RELACIONES

ENTRE EL TEATRO CLÁSICO Y EL ROMÁNTICO

La identidad humana tiene caracteres tales, que se imponen y manifiestan, no ya sólo en lo esencial



SEVILLA.—Patio de *Las Doncellas*, en el Alcázar.
 Dibujo de D. Baldomero Tovar (de fotografía).

y dramas por todo lo alto, no es fácil que haya moneda para todos.

Para que nada falte y lleguen los espectáculos a su mayor altura damos a nuestros lectores la última noticia.

Se halla en Sevilla el Gigante chino.

* * *

¡Cómo han degenerado las verbenas!
 San Juan, San Pedro, Santa Ana, no hay quien conozca los días de estos santos en nuestro picaro y atildado siglo XIX.

y permanente, sino aún en lo que parece más accidental y transitorio, y sujeto, por tanto, á contingencias más múltiples y variadas. Para los tiempos no muy alejados de los nuestros, para los felices descubridores de nuevas tierras y de nuevos hombres, habrá sido no pequeña satisfacción y asombro el encontrarse en islas ignoradas, en inexplorados mundos, condiciones sociales análogas á las ya conocidas; hábitos y costumbres de sorprendente semejanza, y hasta análogas aficiones y decidida dirección de gustos y afectos, en lo que ofrecía más múltiple variedad y determinación.

Aun prescindiendo de las notables semejanzas religiosas y litúrgicas, que dejan suponer fácilmente una primitiva revelación más ó ménos oscurecida y trasformada, esta semejanza, esta identidad se ofrece aún en otras direcciones no muy alejadas de las influencias religiosas; pero que al aparecer ya en tiempos muy más adelantados, no ha podido recibir otro impulso que el de la exclusiva é individual iniciativa de cada nación ó pueblo.

Somos deudores al período histórico que atravesamos y á sus aficiones críticas y armónicas de este sentido de relación y unidad, en el que la índole misma de su aplicación y comprobación nos asegura de no incurrir en la nota de subjetivos y soñadores. Una vista práctica y ejercitada halla relaciones en todas las cosas, confirmando la deducción más rigurosa y universal, el principio racional de unidad y armonía, que juzgábamos debía presidir á toda la vida.

Encontrábanse ántes movimientos y hechos que parecían desligados y sin enlace alguno, y la experiencia y la observación han encontrado con frecuencia el golpe primitivo que, arrancando de punto muy lejano, ha vibrado después por todo el Universo, á la manera de la tranquila superficie del lago, que, perturbada en su centro, trasmite el desequilibrio, cada vez en más amplios círculos, hasta las más apartadas orillas.

Tal sucede, singularmente, en las aficiones comunes y generales de los pueblos á los espectáculos públicos, á las fiestas y divertimientos de carácter general y comun. Descúbrese en todos los pueblos, á medida que van siendo conocidos, una sorprendente identidad de aficiones y exigencias en espectáculos del género dramático, que no podrán aún llamarse dramas en el estado de perfección y forma en que los encontramos en los primeros siglos de la Edad Moderna, pero que entrañan ya sus principales elementos, y que casi son coetáneos á los primeros albores de la vida social.

Esta inclinación á pasatiempos mímicos es tan ingénita en el hombre, como en los niños los juegos, y confirmando la regla de Horacio, todos los pueblos han encontrado estímulos y emociones más eficaces y fecundas en las representaciones de sucesos fingidos ó verdaderos, pero de las que él se constituye espectador, *oculis subjecta fidelibus*, que en las tradiciones que escuchara de labios de narradores y rapsodas. *Demisa per aures*.

Por eso, como hace notar un diligente investigador alemán, en los ángulos más opuestos del globo, en los pueblos de más diversa cultura, entre las naciones de América, ántes que adoptasen las costumbres europeas, como entre los indígenas de Java, entre los insulares de Sandwich como entre los kamschadales, en los desiertos interiores del África como entre los salvajes habitantes de las islas Aleucias, en Bokara y Cochinchina como entre los negros de la isla de Francia, se han descubierto vestigios más ó ménos perfectos de espectáculos de este género. El drama, pues, se encuentra en todas partes, aunque no sean los mismos sus grados de desarrollo, dependiendo de circunstancias felices ó adversas el alcanzar notable elevación ó retenerse en más humilde nivel.

Pero, como realmente, una escursión por el espacio equivale á una escursión por el tiempo, en razón al distinto grado de cultura de las ciudades, villas, aldeas y pobladores de los campos, y es más profunda aún la diferencia de ilustración y forma en las diferentes clases de la sociedad, resulta que sin largas escursiones, aún sin salir de algunas de las comarcas del Mediodía de España, nos sería dado formar aproximada idea del génesis y gradual desarrollo del drama, á partir de las escenas mímicas y groseras de los cultivadores del campo, de sus relatos en monólogos con variedad de tonos é inflexiones, sus diálogos y representaciones de ar-

gumento y desenlace conocido, pero de improvisación y espontaneidad propia en el dialogado, hasta llegar á los autos, entremeses y comedias, y, últimamente, al drama contemporáneo.

Pero no es nuestro propósito detenernos en este género de investigaciones, sino consignar únicamente la uniformidad y universalidad de caracteres con que aparecen en todos los pueblos las primeras condensaciones de los elementos dramáticos, para derivar y arrancar de aquí el ligero exámen que nos proponemos hacer de las relaciones que se encuentran en las dos formas en que esencialmente se nos presenta dividido éste como los demás géneros literarios; la forma clásica y la forma romántica.

Procurando desligarse del exclusivismo intranigente que hace imposible todo estudio total y sintético; concediendo á las diversas manifestaciones del espíritu humano más generales analogías y enlaces que los anteriormente concedidos por una crítica apasionada y una vista más parcial que la presente, nos será dado señalar lo que constituye el objeto de nuestro estudio.

Desde luego, y siendo como es la literatura de un pueblo la expresión estética de su pensamiento, evidentemente ha de ser el reflejo ó manifestación de su propio pensar, en consonancia con las doctrinas y creencias recibidas; del contenido intelectual, religioso y moral de su civilización.

Desde luego, y superiormente, las creencias religiosas y morales han de determinar las más profundas y esenciales diferencias, como quiera que la religión ha sido la más importante informadora de toda la vida, como quiera que todas las demás esferas han debido estarle subordinadas y han debido buscar necesariamente su acuerdo y su sanción. Y esta es, precisamente, la más importante y esencial diferencia, entre las dos manifestaciones de la construcción poética.

Naciendo el clasicismo, al calor é inspiración del paganismo, con su culto y consagración de la forma externa y escultural, con su divinización de las fuerzas vivas de la naturaleza, en su forma fatal y necesaria, es la fatalidad, inflexible como estas mismas leyes, la musa inspirada de sus trágicos y líricos, es la plástica la única revelación artística. Dios, no buscado en el fondo de la conciencia, gime en las brisas, susurra en las fuentes, rugen en el trueno, sonríe en la luz y en el color, y estalla indignado en el volcán y en el rayo.

Informa al romanticismo, en cambio, en sus primeras revelaciones, la idea cristiana, que en oposición al paganismo, es toda interna y espiritual; señalando, por tanto, tan opuestas creencias las diferencias de estos dos géneros, dejando al par conocer, como caracteres análogos y comunes, los que derivan de la variedad fundamental de la especie humana, revelada, no ya en los principios esenciales, como insinuábamos al comienzo de nuestro trabajo, sino hasta en derivaciones secundarias de formas y manifestación.

La inspiración general religiosa y las conveniencias litúrgicas determinan, pues, el nacimiento de uno y otro género, y el culto exterior, y su variedad é eficaces formas, proporcionan poderosos elementos dramáticos, que edades más cultas y experimentadas condensan, en las más perfectas formas con que se nos aparece la tragedia en Eschilo y Sófocles y el drama moderno en Shakespeare y Calderón.

En unos y en otros preceden primariamente lo lírico y lo épico á lo dramático, como preceden las rapsodas y Homero aún á Thespiis y los trovadores y cantores de Gesta á los primeros ensayos dramáticos de la Edad Media, suministrándoles aquéllas en ámbos casos el asunto histórico de las tragedias y dramas.

Por de contado que aparecen confundidos, sin aislarse ni distinguirse, los tres géneros literarios, y sólo cuando se conoce como más eficaz y fecundo para mover el ánimo en la frase de Horacio la representación; que el relato, la narración se trueca en diálogo, los interlocutores representan personajes distintos, y el drama se nos ofrece ya con sus lineamientos propios, clara y distintamente determinado. Si los cantos ditirámicos y los himnos cantados por los coros en honor de Baco, y los monólogos y diálogos narrativos intercalados para romper la monotonía de aquéllos, señalan los primeros albores del arte dramático en Grecia, en

los cánticos alternados de la Iglesia, en las antifonas y responsos, en los diálogos y representaciones simbólicas destinadas á enseñar al pueblo las Sagradas Escrituras, se encuentran las primeras indicaciones del arte dramático moderno, con poderosos elementos ofrecidos á este propósito, por las bufonadas profanas y juegos mímicos que se han dado en todos los tiempos y pueblos.

Por esto algún diligente investigador, á quien debemos algunas de las observaciones apuntadas, ha podido señalar notables semejanzas y analogías de los mismos histriones y juglares, con los actores llamados en Grecia á representar papeles de dioses, de héroes ó de sátiros.

Esta analogía y semejanza se producía, como ántes indicaba, aún en detalles de mucha menor importancia; debiendo señalar, entre otros, la particularidad de ser los primeros dramaturgos, á la vez, los primeros actores de sus propias obras, como sucedió en Grecia hasta Sófocles, que por la debilidad de su organización vocal se eximió de la obligación tradicional de hacer el principal papel en sus tragedias, y como aconteció en nuestra patria con Lope de Rueda, Alonso de la Vega, Naharro, Juan de la Encina y otros, sujetos á igual obligación y costumbre.

Vienen, en cambio, á determinar profundas y esenciales diferencias, las de antiguo señaladas por críticos y humanistas, que arrancan principalísimamente del profundo abismo que separaba las creencias religiosas de los pueblos gentiles de las de los pueblos cristianos. Á la necesaria exteriorización del arte antiguo en todas sus direcciones, y que para algunos críticos hacía de sus representaciones escénicas cuadros esculturales de profundo relieve, en que sólo pueden aparecer dioses ó héroes, pero cuadros en que se esculpe al hombre fisiológico, sucede el recogimiento y llamamiento á la vida interior, y la dignificación del hombre, que el cristianismo revela; y llevando á la escena, como reflejo de la igualdad cristiana, todas las clases y categorías levantadas sin distinción á la condición de personas, con la mujer dignificada, hecha capaz de amor recíproco y recíproca abnegación, prodúcese esa riqueza inagotable de caracteres que ofrece la participación universal de la vida social y civil que el cristianismo conquista para todos los hombres.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad, que la fuerza física, en su más vigorosa expresión, es lógicamente en el antropomorfismo griego la más fiel representación de la Divinidad. Homero señala á cada momento en su Iliada y en su Odisea la semejanza de Ulises y de tantos otros, por su elevada estatura, con la talla de un Dios, y la mayor fuerza y poder de los diferentes habitantes del Olimpo, en la región y esfera de sus dominios, determinan el triunfo del que alcanzó la protección del número afortunado. Mientras en el cristianismo la humildad y empuñamiento es el pedestal de la grandeza, y las lágrimas y los dolores la semilla de la exultación y de la alegría, la estética pagana, con sus indisputables encantos, ha sido siempre esclava indefectible de la plasticidad, é idólatra de la fuerza y el vigor, y así no hubiera podido comprender jamás la belleza de Santa Mónica de Schoeffer, brotando de las líneas angulares y de los pálidos y cenicientos matices de una decrepitud extenuada y deforme.

Impónese en el paganismo como ley necesaria é indefectible el destino fatal y necesario, que en las regiones superiores y en las más elevadas jerarquías completa la esclavitud universal, de que nadie se exime, y esta inflexibilidad del hado, símbolo moral de la necesidad indeclinable de las leyes físicas, roba al teatro clásico inmensos tesoros artísticos y morales, vivísimos elementos dramáticos; ofreciéndonos, sin embargo, muchas veces como parcial compensación, en frase de un escritor, el sublime espectáculo de la heroica protesta y afirmación entera de la libertad racional por cima de los hierros y cadenas que ciñen á la roca á Prometeo.

En cambio, en el teatro romántico (tomando, como venimos tomando, esta palabra en su más lata acepción), se produce otro género de fatalidad, pero ciertamente de orden muy distinto. La ley inflexible del honor, en los dramas que participan más ó ménos del carácter caballeresco, y sobre todo en el teatro Calderoniano, el sentimiento del honor es tan duro é inflexible como el destino;



Copia de un dibujo á la pluma, de D. José M. Nuño.

pero aquél, lejos de encadenar al héroe y sujetarlo á esclavitud vergonzosa, afirma más su dignidad y prestigio, que lo subjetivo de este sentimiento más y más purifica y engrandece. Por ello es tan apropiado el bello símil de Schlegel comparando á los galanes caballeros del teatro del inmortal Calderon, á lo que la tradicion fabulosa nos dice del arriño, dispuesto siempre á morir ántes que manchar la nítida blancura de su piel.

(Continuará.)

ELOY GARCÍA VALERO.

ADELANTE

Alma noble que, anhelante,
Caminas tras de la gloria,
Sigue adelante, adelante,
Que al fin lograrás triunfante
El premio de la victoria.

No desmayes ni un momento;
Y si crees que no te es dable
Lograr tan heroico intento,
Al ver que tienes tu asiento
En materia despreciable,

Desecha esa duda fiera
Y nunca des al olvido
Que el águila que altanera
Se pierde en la azul esfera
Tiene en la tierra su nido.

JOSÉ SANCHEZ-ARJONA.

UN CRÍMEN

¿Te acuerdas? Deslizábase el esquife
A lo largo del río,
Que tiene orillas de color de plomo
Y olas que se atropellan sin ruido.
Una luna pesada y macilenta
Bañaba con sus rayos indecisos
La superficie cenagosa y lúgubre
Donde temblaba el eco de sí mismo;
Y los lejanos términos, cubiertos
De árboles descarnados y crecidos,
Una avanzada de gigantes sombras
Daban á aquellos tenebrosos sitios.

Nuestra barca era estrecha como un féretro,
Tú ibas al lado mio

Temblando de terror bajo tus pieles,
Lívida, inmóvil, con los ojos fijos.
Yo remaba, remaba sordamente
Con la calma febril del asesino,
Y á cada golpe de la sorda pala
Estaban nuestros rostros más sombríos.
¡Qué horrorosos detalles! Ningun crimen
Se forjó con cuidados más prolijos:
Cerca de mí el puñal: la piedra, el garfio....
¡Todo nuestra maldad lo había previsto!

¡Oh inconcebible instante! ¡Lo recuerdas?
Desnudo, desvalido,

Reclinándose en flores deshojadas
Por el rigor de su infantil capricho;
Rota la venda azul, doblado el arco
Y sin haces de flechas en el cinto;
Con la rubia guedeja por la espalda
Y los rosados brazos extendidos,
En la orilla funesta y solitaria,
Sin sospechar nuestro cruel designio,
Con una rosa mustia entre los labios
Estaba nuestro cándido enemigo.

Tomamos tierra; al verle dormitando,
Nos asombró el delito....

¡Era tan inocente, tan hermoso,
Tan delicado, tan gentil, tan niño!
Nos llamaban sus tiernas manecitas
Con expresion de afán tan infinito,
Que apoyándome en tí, dudé un momento
Y corrió por mí frente sudor frío.
Ya iba á arrojar el hierro entre las olas,
Cuando volvió el orgullo á hacer su oficio;
¡Te miré, me miraste!... En un relámpago
Se firmó la sentencia. ¡Estaba escrito!

Dí un paso más; cual tigre cauteloso
Me incliné sobre el niño,
Y tan certera descendió mi mano,
Que hallé su corazón con el cuchillo.
¡Suceso extraño! El alevoso golpe
Cayó sobre nosotros repetido:
Dos agudos puñales invisibles
Punzaron á la par nuestros espíritus.
No sé por qué providencial mandato,
Sintiéndonos morir, quedamos vivos,
En tanto que espiraba á nuestras plantas
Aquel sér tan odiado y tan querido....

Medió la noche; el horroroso crimen
Ocultar fué preciso,
Y alzamos el cadáver de la arena
Para arrojarlo al silencioso río.

¡Cuánto pesaba!... ¡cuánto!... aquella carga
Era la enorme roca de Sisifo,
Irresistible, eterna.... Así los mundos
Deberán gravitar en el vacío.
De la orilla desierta y solitaria
Nos separaba siempre el infinito....
Mas ¡llegamos al cabo! ¡Quién no llega
A donde lo conduce el egoísmo?

La superficie oscura de las aguas
Como un pavés bruñido
Temblaba á nuestros piés. La luna triste
De blandon funeral servirnos quiso,
Y aquel horrible grupo parecia
Agigantarse á su reflejo tibio,
Cual se agigantan, de los altos Andes,
Al declinar el sol, los viejos picos.
Se hizo el último esfuerzo; columpiamos
El cuerpo inanimado, y, despedido
Con todas nuestras fuerzas, giró un punto,
Dando pesadamente en el abismo.

La ola tragó sin murmurar la presa,
Y siguió su camino
Acariciando la plomiza márgen,
Altar del alevoso sacrificio.
En alas del terror á nuestra barca
Por opuestos senderos descendimos,
Consiguiendo, á favor de la corriente,
Volver la espalda á los fatales riscos;
Mas al doblar la peligrosa punta
Que daba vista al puerto apetecido,
Brotó del fondo el mutilado cuerpo
Delante del esquife fugitivo.

Aún se erizan de espanto mis cabellos,
Recordando el prodigio
Que á ennegrecer la noche de la culpa
En nuestras almas laceradas vino;
Inútil fué que enarbolando el remo
Azotara el cadáver con ahinco;
Inútil que con bárbara insistencia
Procurase apartarlo y sumergirlo....
¡Flotaba siempre!... ¡siempre!... todavía
Flotar parece en los ensueños míos:
¡Amores que asesina el necio orgullo
No pueden sumergirse en el olvido!

BENITO MAS Y PRAT.

EL BIEN Y EL MAL

Hablando de la creacion no es dudoso que lo primero, lo primordial, es la omnipotencia creadora y que, por tanto, este poder creador es lo que se llama PRINCIPIO.

El BIEN, como todo lo bello, es una creacion, y lo demuestra el que lleva consigo la perfeccion, la redondez, y como tal creacion tiene su naturaleza primitiva, es decir, que viene del PRINCIPIO.

El hombre no *principia* por la muerte, que comienza por la vida.

La vida es, pues, *creacion*, es *SÉR*.

En cambio, ¿dónde está, quién conoce la *creacion*, el *sér* de la muerte? Nadie, porque no existe. La muerte no es más que la cesacion de la vida, el vacío, la ausencia de aquel *SÉR*.

Estando *buenos*, es decir, mientras disfrutamos el BIEN de la *creacion*, que es la salud, ni siquiera nos apercebimos de ello, porque entonces es cuando vivimos sin violencia, entregados á la ley de la naturaleza.

Apénas estamos *malos*, mejor dicho, en cuanto notamos la *falta* de aquel BIEN, cuya ausencia nos acusa el dolor, que es el *mal*, no cesamos de quejarnos y de participar á cuantos á nosotros se acercan la FALTA DE SALUD que experimentamos, cuya *falta*, por lo mismo que es un vacío, deja de ser *creacion*, y todo vacío en nuestro sér nos coloca fuera de nuestro centro, y entonces, y sólo entonces, es cuando sentimos el *mal*.

La salud, pues, como todo BIEN, es ley de la creacion, es naturaleza, es PRINCIPIO, mientras que la enfermedad, como todo mal, es tan sólo un trastorno, es la falta del bien, como la ceguera es la simple falta de la vista.

Suponer que el mal es una creacion equivaldria á admitir la existencia de dos Dioses; el del bien, que es el que todos reconocemos, y otro del mal; sería reconocer la existencia de dos poderes contrarios, de DOS PRINCIPIOS, que se combatirían hasta destruirse, convirtiendo el Universo en teatro de su interminable lucha, y esto no sucede, lo cual demuestra que no hay antagonismo en el órden elemental, en el principio de la existencia, probando al mismo tiempo que el cimiento de la vida es sólo UNO, que equivale á afirmar que no hay más que un Dios y que Dios no tiene rivales.

Y si no, dada la existencia del *genio del mal*, ¿dónde está el mundo creado por éste monstruo?

¿Dónde su generacion? En ninguna parte. El mal no es genio y es imposible que genere.

Lo repetimos, el mal no es una creacion. El mal no tiene naturaleza propia.

El mal es el vacío, es la falta del elemento; en una palabra, es la ausencia del BIEN. Tanto es así, que para que el mal venga, es tan indispensable que el bien se vaya, como indispensable es que se retire la luz para que aparezcan las tinieblas.

El mal no tiene mundo, porque el caos no tiene Dios.

La nada, nada puede tener.

Además, crear lo malo no sería crear, que sería destruir, como ver tinieblas no es ver, que es estar ciego.

El mal, pues, no existe; mientras que el bien, por lo mismo que es una creacion, sufre trastornos, como está expuesto á sufrirlos todo lo existente.

LUIS B. PALMÉR.

CANTES FLAMENCOS

(CARTA Á DEMÓFILO)

Amigo mio: Doy á usted gracias por el ejemplar, con que me obsequia, de la preciosa *Coleccion de cantes flamencos*, que ha recogido y anotado con paciencia digna de la causa que defiende.

De véras le digo, que los tales *cantes* han venido como de perlas para mis aficiones. Todos muy merecedores de verse en letras de molde y de recorrer los ámbitos del mundo; hijo cada cual de su padre y de su madre, quiero decir, del sentimiento y la imaginacion, reclaman, agrupados, un puesto de preferencia entre los muchos libros de poesias que sudan las prensas españolas.

No espere usted de mí el juicio crítico de su trabajo. Á más de que me declaro incompetente, no he de hacer mal lo que ha hecho á las mil maravillas nuestro amigo Rodriguez Marin, conoedor, como pocos, de la literatura popular española.

Esta carta no es sino como un párrafo de conversacion entre dos buenos amigos, de los cuales uno, usted, es el sugeto que padece, porque, indudablemente, padecerá usted leyendo estos deshilvanados renglones.

La oda ampulosa, que en estos tiempos no tiene el encanto que le prestaron Gallego y Quintana, lejos de ser canto enérgico y entusiasta, se nos ofrece como la combinacion más artificiosa de cuantas urden á su manera los imitadores de aquellos ingenios: el *poema*, que está hoy de moda, es, en dosis homeopática, el cuento ó la leyenda que cultivaron Espronceda, el Duque de Rivas y Zorrilla, y al aluvion de *poesias* que, como plaga no ménos terrible que cualquiera de las siete de Egipto, ha caído sobre diarios y periódicos, son preferibles los romances de ciego y las coplas de Calainos. No hay regla sin excepcion; quiero decir, no todo es malo y no todos son versificadores; si bien los verdaderos poetas que acumulan hoy las glorias de los de ayer, son de suyo perezosos, y parece como que se complacen en que las medianías campen por su respeto y echen libros por todos los dedos de la mano, en tanto que ellos duermen á pierna suelta sin importarles un ardite, vamos al decir, la suerte de las letras patrias.

¿Á dónde irá á parar este amigo mio?—se preguntará usted al llegar á este extremo, un si es no es movido á dejar caer de sus manos la carta.—Ni más ni ménos que á decir á usted que su *Coleccion de cantes flamencos* rompe lo que me atrevo á llamar monotonia poética; ofreciéndonos algo nuevo, típico y original.

Pues, como iba diciendo, la coleccion ha venido como de perlas para mis aficiones; porque yo soy un punto más que aficionado á la literatura del pueblo, por más de que convengo con usted en que los *cantes flamencos* son los ménos populares, lo que no quiere decir que, Dios mediante, no lleguen á ser los más. Y como soy aficionado al género, devoré, en el buen sentido de la palabra, cuando al lector de un libro se refiere, las páginas del suyo, y saboreé sus poesias, y envidié á sus autores, con otras cosas que no son de este lugar.

Y pasando hojas, y releendo unas y deslizado la vista por otras, puse mi atencion en el prólogo, en el que consigna usted observaciones muy atinadas y llega hasta sacarme los colores á la cara cuando dice que del mérito de las *seguidillas gitanas* «hablan los breves y no desafortunados ensayos hechos por algunos poetas eruditos, tales, entre otros, los de Augusto Terran y Luis Montoto, para cultivar este difficilísimo género;» si bien, haciendo justicia á todos, añade usted que «los poetas populares no han sido vencidos en esta ocasion por los eruditos, los cuales han conseguido no pequeño triunfo en imitarlos.»

Valgan verdades, amigo mio. Desde que se despertó en mí esta funesta monomanía de escribir versos, lo que fué, y no equivoco la fecha, ántes de saber escribir en castellano, cosa que no he logrado todavía, dime día y noche á oír las coplas que cantaban las gentes del pueblo; y era de ver cómo acudía solícito al *cantaor* ó la *cantaora* en demanda de que repitiesen la letra del canto para guardarla por el pronto en la frágil caja de mi memoria y depositarla luego en el papel que mejor que yo la retenía en prisiones. Un día caí en la tentación de escribir algunos centenares de coplas; y como caer en la tentación lleva más de las veces á pecar, puse manos en la obra y eché por los puntos de la pluma *soleares*, *seguidillas* y qué sé yo cuántas cosas más. Pero al dar por terminado mi trabajo, en el que me enfrasqué tanto que absorbió todas mis potencias y sentidos, me encontré con que mis coplas no eran populares, y así oían mis *soleares* y *seguidillas* á *flamenco* como su autor á santo.

Del engaño en que estuve mientras iba dilatando las páginas del manuscrito me sacó un mozalvete, *flamenco* si los hay, á quien recité mis versos; cuyo mozalvete, que era de los que *se tocaban y cantaban por lo fino*, me dijo, después de haberme escuchado con la paciencia de un bendito: ¡Todo eso será muy bueno y muy santo, pero yo no lo entiendo! Con que me quedé corrido y avergonzado á mis propios ojos.

De aquel desencanto—porque encantado me tenían mis coplas, y críticos sabiondos habían dicho de ellas lindezas—me consoló un amigo, á quien confié mis cuitas. «Sabe—me dijo este tal—que á despecho de los críticos que dicen que el pueblo es un estercolero y que zarzas y no rosas nacen en los eriales, ningún poeta culto ha logrado imitarle cumplidamente. Melchor Palau, Augusto Terran, Ventura Ruiz Aguilera y otros muchos poetas eruditos, sólo en muy contadas ocasiones han conseguido acercarse al modelo. No te enojés, pues, por no haber acertado.»

Mi afición á los cantares del pueblo no ha menguado, y de día en día encuentro más motivos para recomendarlos á los amantes de lo bello. He escrito algunas *seguidillas gitanas* y no pocas soledades, pero no he conseguido otra cosa que contribuir en muy poco á despertar la afición á un género de poesía en el que Augusto Terran dió el primer paso.

Y dejando esto á un lado, quiero darle en esta carta algo bueno, que, por serlo, no es mio.

Á un tiempo mismo recibí su *Colección* y un libro titulado *Primer cancionero de coplas flamencas*, cuyo autor es un trabajador en las líneas férreas, limpiador de los coches de los trenes de viajeros.

Desprovisto de toda educación literaria, siento hondo y tiene de poeta más que muchos de los que escriben versos muy pulidos y aderezados. Manuel Balmaseda, que así es nombrado, canta *porque sí*, por la misma razón que canta el pájaro; porque Dios ha querido que cante. Y si es ó no poeta, usted lo dirá después de haber leído sus coplas. Canta nuestro pobre trabajador:

—Si el *queré* era bueno ó malo
Á un sabio le pregunté,
Y el sabio no había *querido*
Y no supo *respondé*.

Todos los sabios del mundo
Vienen á *aprendé* de mí,
Y aprovechan la ocasión
Cuando me sienten dormir.

¿Qué *irán* á aprender de este poeta desconocido todos los sabios del mundo? Dado el caso de que tengan que aprender mucho de él, porque todo hombre es materia abundante de estudio, ¿qué puede aprenderse de un hombre cuando está dormido? Estas preguntas me hice al leer la segunda copla, y no acerté á contestarlas.

En medio de mis fatigas
Varias veces desperté
Y ví á un sabio que escribía
Lo que yo durmiendo hablé.

El poeta me dió la solución del enigma; y es: que de los secretos misteriosos del alma, de las penas como de las alegrías, del amor como del odio, la razón alcanza muy poco y el sentimiento lo publica todo: es que, si del mundo invisible del sentimiento se trata, el poeta, el soñador, sin saberlo él mismo, es el mejor de los maestros.

Lea usted más coplas de Balmaseda, en desquite de mi prosa desaliñada y de mi estilo ramplón.

Aquel que tenga un *sentí*
Que no se ponga á *pensá*,
Que si piensa en achicarlo
El mismo lo agrandaré.

Espinita grande era
La que le saqué al león:
Siendo fiera me lamía,
¡Mira si lo agradeció!

La verdá se cayó al mar,
Los peces se la llevaron,

Y no se pudo *cojé*
Porque hasta el agua enturbiaron.

Como lá bayeta negra
Tengo yo mi corazón,
Como la verde mis ojos,
Como la amarilla yo.

Lo *mismito* que aquel perro
Que anda siempre por las calles
Buscando *güesos* que tiran,
Has de *andá tú* por buscarme.

Llenita de penas muero,
Vueltecita á la *paré*:
El sentimiento que tengo
¿Á quién se lo contaré?

Yo quise pesar mis penas,
Pero ya no pudo ser;
Por más que yo la buscaba,
La pesilla no encontré.

Anoche durmiendo ví
Un Cristo á mi cabecera,
Enclaváito en la cruz,
Con dos velitas de cera.

Muy sentidas sus *seguidillas gitanas*; de ellas puede decirse, repitiendo palabras de usted, que son «delicados poemas de dolor.»

Límpiate los ojos,
Que *llorá* no vale,
Que la manchita, que á tí te ha *caído*,
Se lava con sangre.

En el suelecito
Yo me tenderé;
Con las señales que mi cuerpo *jaga*
Un *joyo* abriré.

Por aquí pasó,
Pá *agrandá* mis males,
El mismo carrito, yo lo conocí,
Que llevó á mi mare.

Hasta el carrerito
Pasaba llorando;
Y la conocí por el pañolito
Que la iba tapando.

La ví *enterráita*
Con la mano fuera;
Que como era tan *desgraciáita*
Le *fartó* la tierra.

¿Puede pintarse la desgracia de una mujer con color más vivo que el que Balmaseda emplea en la última *seguidilla*? Fué tanta la desgracia de aquella infeliz, que *le faltó la tierra*, lo que más abunda en la sepultura de los pobres.

Un Bécquer encontraría en esa *seguidilla* motivo para preciosa leyenda; y no digo nada si la relacionara con aquella otra, de todos conocida, que dice así:

En el carro de los muertos
Ayer pasó por aquí:
Llevaba la mano fuera;
Por eso la conocí.

Apuesto todas mis coplas á que la mano que se quedó sin tierra fué la misma que salía del carro de los muertos, como para dar al mundo el adiós post-trero.

¡Cuántas y cuántas historias palpitan en el fondo de los cantares populares! ¡Cuántas y cuántas notas, como dice el autor de *La venta de los gatos*, duermen en las cuerdas del arpa,

Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas.

Y á propósito, amigo mio; crea usted que García Gutiérrez no tiene perdon de Dios, porque desde que nos contó la historia que recogió de los labios del pueblo, no ha vuelto á decir esta boca es mía. Tampoco debemos nosotros perdonar á Rodríguez Marín—de quien, si el demonio de la política no lo hace suyo, podemos esperar mucho y bueno—el que, sabedor de las historias íntimas del pueblo, no nos haya referido más de una; reserva ó egoísmo de que tendrá que dar cuenta á Dios.

Y basta por hoy; que si un botón es muestra, he dado á usted más botones que letras: *pruebas probadas* de mi incompetencia.

Sabe usted que le quiere muy de veras,
LUIS MONTOTO.

SALONES

Hablábaos en la revista anterior, amigas mías, de la deserción casi general ocurrida en nuestra *hyg-life*, con motivo de los fuertes calores que desde hace algunos días pesan sobre nuestra ciudad. Después de desearles á todas y todos los que nos abandonan buena suerte y felicísimo viaje, ocupémonos de los que han quedado.

Corren rumores de cierta magna decepción que ha experimentado un individuo del feo sexo.

No há muchas noches comentábase la noticia, matizándola y adornándola con los más primorosos detalles.

Ellos decían que era un desgraciado.

Ellas, por el contrario, hallaban en el galán cierto parecido con el Dios Jano.

Los primeros censuraban ágríamente.

Las segundas añadían que era el premio merecido.

—¿Por qué ha dicho usted, preguntaba un amigo mio á una de las más punzadoras damas, que F. se parece á Jano?

—Pues es muy sencillo, contestó: tiene, como el dios mitológico, dos caras; una que mira á lo pasado y otra á lo porvenir.

Después de todo, no sé si tendría razón....

* *

Con tal motivo, la fruta por excelencia del verano, el horrible fantasma de estudiantes y galanes, la calabaza, ha encarecido; tan copiosas y magníficas han sido las donadas por más de una gentil niña.

Dícese que hasta se han pedido explicaciones.

Á mi juicio, después de un regalo de tal naturaleza, no hay más que encogerse de hombros y aceptar el donativo.

Hay, sin embargo, un medio por el que las evitan los no aficionados, y es el mismo que se desprende de este cuento que voy á referiros:

—Fulano, decía un hombre del pueblo, es honradísimo, formal, etc., etc.

—Jamás se le ha visto ¿qué digo borracho? ni siquiera beber ó probar siquiera el vino.

Al llegar aquí fué interrumpido el orador por un interpelante, que preguntó:

—Diga usted, ¿á Fulano le gusta el vino?

—Nó señor, por eso no lo bebe.

* *

Podríamos decir nosotros por qué á Fulano no le regalan nunca ninguna de aquellas frutas; porque no se pone á tiro.

Este es el secreto; no hay, por tanto, que exponerse.

* *

Pasaron las típicas veladas de San Juan y San Pedro, y sólo queda de ellas el recuerdo de haberse extasiado ante una de esas magníficas hermosuras que nos traen siempre á la memoria nuestro origen africano ó sirio.

Estas fiestas han ido poco á poco perdiendo su carácter, juntamente con las originales costumbres que tanto practicaron nuestras abuelas y también los picarones y calaverillas de nuestros abuelitos.

No há muchos años, en el día del Evangelista, sentábanse las señoritas en sus ventanas, y á ellas acudían con dulces y bagatelas los trovadores de entonces.

Ahora, cualquiera se acerca á vosotras bajo ningún pretexto, sin haber pasado ántes por el ceremonial de la presentación. ¡Pues apenas si sería imprudencia!

* *

La Plaza Nueva, apesar de sus conciertos, de sus bengalas y de sus sillas de hierro, da por resultado cero.

En las primeras noches tuvimos el gusto de ver á algunas aristocráticas familias, que concurrieron atraídas tal vez por la novedad de la diversion: creímos que quizá, en vista de esto, volvería á aquellos buenos tiempos de su primera época; pero, que si quieres. Esto no obstante, nótese animación, acude numeroso público, pero no más.

En cambio, la apertura ó estreno del teatro Es-lava, en la actual temporada, ha sido brillantísima; verdad que el lindo coliseo todo lo agradece, y como de por sí tiene condiciones que lo hacen muy recomendable, no bien ha abierto sus puertas, nuestro *beau monde* ha acudido, hallando en él seguramente el solaz y esparcimiento que anhelaba.

Mucho nos complacería que nuestra alta sociedad continuase con constancia asistiendo á los Jardines, pues con dificultad se encontraría un paraje que reuniese mejores condiciones que éste para pasar la noche distraído.

En cuanto á la compañía de zarzuela que en él ha comenzado á actuar, es muy apreciable y ya trataremos de ella con más detenimiento.

HERNAN.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por el Dómine Lucas.—Relaciones entre el teatro clásico y el romántico, por D. Eloy García Valero.—Adelante, poesía, por D. José Sánchez-Arjona.—Un crimen, poesía, por D. Benito Mas y Prat.—El bien y el mal, por D. Luis B. Palmér.—Cantes flamencos (Carta á Demófilo), por D. Luis Montoto.—Salones, por Hernan.

ILUSTRACIONES.—Sevilla: Patio de *Las Doncellas*, en el Alcázar, dibujo de D. Baldomero Tovar (de fotografía).—Copia de un dibujo á la pluma, de D. José María Nuño.